

UNA EXPERIENCIA PSICOLÓGICA: CLARIVIDENCIA Y FE

Hay una experiencia psicológica de la que se habla mucho y a la que se ha desenfocado por falta de horizontes en los observadores y críticos. Trátase de un súbito despertar de la conciencia, despertar total, con grandes y radicales secuelas en la conducta del individuo. Es un repentino fogonazo que ilumina la inteligencia, dándole un panorama totalmente distinto del mundo.

Lo hemos encontrado en algunos santos y místicos, en algunos próceres del apostolado, de la investigación, de la acción pública, de la docencia, en algunos poetas, en el teatro y la novela. No es exclusivo de nuestros tiempos, aunque es natural que lo que en ellos ocurra nos impresione más vivamente. Además de la contemporaneidad, existe otra razón, y es que nuestra cultura se impone violentamente al sujeto, lo domestica y casi lo descoyunta, lo estruja tanto, que a veces le constriñe a reflexionar sobre temas trascendentales, como «si ha habido alguna razón de peso para habersele traído a la existencia», a «esta manera extraña y absurda de existir», que algunos, los más exaltados calificarán de «salvaje e irracional, caótica, ininteligible». Y sobreviene lo inevitable: brota una interrogante despavorida e iracunda sobre la vida, su significado, su destino. Y quienes mientras vivían «alegremente distraídos» y vegetaban en un nirvana tranquilo y placentero, estaban casi ciegos, de repente ven emerger de entre las sombras espesas la duda agónica, una montaña infranqueable entre el yo y la finalidad de su existencia.

Vivimos, por lo general, en lo exterior de la vida, en un tiempo «humanizado», en un quehacer «socializado», que acomoda nuestro yo al ambiente, a la escena donde nos pusieron al nacer. Vivimos con una caracterización postiza, representamos un papel de reparto, hablamos palabras huecas y altisonantes, y nos va bien en la comparsa. Nos gusta la comedia de la vida, nos halaga el sueño de la existencia. Creemos saber dónde nos hallamos, qué haremos mañana o en el próximo mes; nuestra vida organizada, mecanizada, no llega a ocupar nuestra conciencia ni a preocupar nuestra atención; en la marcha cansina y despersonalizada solamente nos proponemos problemas inmediatos, materiales, intrascendentes. De nada se ocupa menos el hombre que de su propia existencia, su razón de ser y su acabamiento.

El burgués considera el mundo esencialmente como un lugar ordenado; no percibe o no quiere percibir ese elemento perturbador, lo irracional, lo aterra-

dor que socava desde sus más hondos cimientos la vida, y con ella la personalidad, la libertad, el destino. Contentos con la suerte que nos cupo en la lotería, como el pez en el agua, no queremos crearnos conflictos mientras podamos ser felices. Hasta que un día se rompe el tinglado, se apagan las candilejas y surge una interrogante; luego irrumpe el miedo, la náusea de la vida, el desprecio de todo y de todos, se pierde la fe y aparece la conciencia de la irracionalidad funcional del mundo. Cesó la farsa. Comienza una nueva etapa, que pudiéramos llamar el «drama de la angustia», que a unos lleva a su salvación, a otros a la más negra desesperación. Este vidente considerará en adelante al mundo como algo irracional y desordenado. Ahora ve demasiado hondo y demasiado, y lo que ve es esencialmente caos. Ahora ve «la verdad» (una verdad), necesariamente la sigue, la grita a los demás, la vive. Dirá que esa verdad es la verdad, la única verdad, que fuera de ella no hay salida ni rodeando ni a través. En ese espíritu se ha pasado de la despreocupación múltiple a la unipolaridad, a la unilateralidad.

Un ejemplo entre muchos.—Un ejemplo palmario, tomado al azar, lo tenemos en Ignacio de Loyola. Hace bien el papel que le tocara en el reparto de la gran comedia del mundo: noble, soldado, galán. Mientras sueña (porque la vida es sueño) le gustan las cosas del mundo y no piensa en su futilidad, ni en su irracionalidad, ni en su desorden. Está bien así y así continuará, adaptándose a las exigencias de todos y de todo, hasta el heroísmo que le mutila el cuerpo y le decepciona el alma. Ello varía el complejo circunstancial, y en su desorientación espiritual surge una luz que ilumina su inteligencia con tan potentes faros, que ahora ve lo que antes estaba oculto a sus alertados ojos. Desprecia cuanto antes estimaba, porque ve el mundo radicalmente distinto. Ha visto la verdad. La única verdad, y se dispone a seguirla cueste lo que cueste. Se aleja de su casa solariega, abandona la corte y la milicia, y, «peregrino» de un ideal, emprende el camino de su conversión. Desde ahora tendrá esta consigna: «amar y desear con todas las fuerzas cuanto el mundo odia, y odiar con toda el alma cuanto el mundo ama y abraza». Tremendo cambio de perspectiva... radical...

Dentro de lo profano, leamos las *Memorias de un loco*, de Tolstoi. El protagonista, gran terrateniente, nos cuenta cómo durante un viaje de negocios su conciencia descubrió bruscamente el verdadero rostro de la vida, impresión que tenía algo de terrible. «¿Por qué vine aquí? ¿A dónde voy?»... Le perturba la idea de la muerte y la carencia de sentido de la vida... «¿Para qué sirve la vida? ¿Para morir? ¿Para matarme a mí mismo de una vez? No, tengo miedo. ¿Para esperar a que llegue la muerte? Todavía esto me da más miedo. Por tanto, he de vivir. Pero, ¿para qué? ¿Para poder morir? Y no podré salir de este círculo. Tomé el libro, leí y me olvidé de mí mismo en un momento; pero luego volvieron la misma idea y el mismo horror. Me eche y cerré los ojos. Todavía esto era peor.»

Intenta rezar, rezar en sentido dubitativo, con esta fórmula: «Si Tú existes, revélame por qué y qué soy.» Sin resultado.

Lo que sigue es todavía más desconcertante. En una cacería se pierde en el bosque, y de nuevo siente el ataque del «horror». Pero intuitivamente parece

entender el camino de salida. Al volver a casa empieza a rezar pidiendo perdón de sus pecados. Unos días más tarde, cuando se pone en venta una propiedad vecina en condiciones muy ventajosas para el dueño de la tierra y no para los labradores, se da cuenta de «que todos los hombres son hijos de un mismo padre», y decide no comprarla. Más tarde, a la puerta de la iglesia da todo su dinero a los pobres y vuelve a su casa con los campesinos hablando de religión.

Después de esto, se comprende, sus familiares intentan declararlo loco. «Intenté huir de un peligro terrible, y no pude evitarlo. No cesa de estar conmigo mismo, y soy yo quien se constituye en mi perseguidor... Soy yo quien huye..., huyo de mí mismo... ¿Cómo escapar a mí mismo?» Huye, y porque huye... se le tiene por loco. El problema es evidente: el hombre que no cree en la vida según la versión de los demás... está loco. O tal vez, ¿es él el único que ve las cosas con claridad? Mas esta lucidez es insoportable para todos, para él primeramente, y después para los demás. Se aloja al molesto tras las rejas de un manicomio porque «está loco».

Tolstoi nos ha dado varias versiones del mismo tema. Al comenzar las *Confesiones* habla de la frecuencia creciente de estos momentos de lucidez: «Sucedió entonces lo que acontece a todo el mundo, que enferma con una enfermedad moral interna. Primero se producen señales triviales de indisposición; luego las señales reaparecen cada vez con más frecuencia y se convierten en un período ininterrumpido de sufrimiento...; el sufrimiento aumenta, y antes de que el enfermo se percate de ella... ha muerto.» Este es el plan que sigue el autor en *La muerte de Iván Ilytch*, el cual más de una vez se interroga: «¿Y si mi vida entera hubiera estado equivocada?» Y luego vuelve a preguntarse: «¿Cómo debería haber vivido?» Toda su vida había vivido con otras gentes; ahora se muere solo. Pero un impulso repentino de caridad hacia su mujer—ha llegado a odiar su falta de sinceridad y su frivolidad—ilumina repentinamente sus negruras y le da un fulgor de ser «sí mismo». Y en un punto ha desaparecido el miedo a la muerte: «En el lugar de la muerte había luz.» «Se ha terminado», dijo alguien a él. Oyó las palabras y las repitió en su alma: «La muerte ha terminado.» Las palabras que le libraron de su miseria fueron: «Perdóname.»

Tal es el problema que puede aparecer en el nivel metafísico o en el religioso y aun en el criminal, manteniéndose siempre el mismo; es, simplemente, un problema de suprimir más o menos cuanto es de menos valor, de menos precio.

Es la trayectoria de Francisco Bernardone, hijo de un reputado comerciante de Asís en el siglo XII. Después de una juventud no exenta de irregularidades, y caracterizada por su influjo personal sobre los compañeros, cambia de vida y se alista en el servicio militar, que no satisface sus proyectos de reforma total, y se decide a ser santo; después de una escena de plástica emotividad ante las autoridades de la ciudad, se desprende de sus vestidos exclamando: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y quiero vivir como nací.» La pobreza, la soledad, la oración, la vida inocente en contacto con la Naturaleza, harán del rico comerciante y vanidoso mundano un santo humilde, simpático, poeta seráfico, en las estribaciones del monte Umbría.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero éstos son suficientes para poner en claro el estado de la cuestión.

Caracteres generales de esta experiencia.—Lo primero que resalta en ella es su *espontaneidad*, su *repentinidad*. No es una vaga inquietud metafísica que a veces nos asalta en los momentos de malestar, atonía o laxitud; de esta inquietud se cura uno pronto, porque la vida continúa y cada mañana se reanuda la marcha con alegre despreocupación en el carro de la farándula. Tampoco es una intuición más o menos profunda y perspicaz que inspira a un artista (poeta, pintor, escultor), una idea, una teoría, una nueva manera de componer, porque no cala en el alma y porque pasa con la suave caricia de un verso, de una melodía, de un rasgo de pincel o de un atinado golpe de gubia.

La inquietud esa de la que hablamos es incurable. Es un trastorno completo del ser, un naufragio de la existencia. Como si a un paralítico le faltaran de repente las muletas, como si a un actor se le despojara súbitamente de su caracterización y disfraz, así en el hombre desaparece de un golpe cuanto sostenía su conciencia y se ve ridículo, extravagante y grotesco. Semejante es el héroe de Tolstoi, que dirá: «Yo sentí que el suelo sobre el que me hallaba se derrumbaba y que nada había debajo de mis pies. Aquello sobre lo cual yo viví hasta ahora, no existía ya, y yo carecí de todo para vivir.» También Ignacio de Loyola, que ha visto el desorden de su vida anterior y la inanidad y trivialidad de todo, tanto en el marco de su vida como en la vida misma, se siente en su lecho de dolor alejado de la carrera militar, sin salud, sin porvenir, sin asidero para continuar viviendo; siente que le falta todo en la vida. Algo, ciertamente, le ha fallado. Le ha fallado todo. En su inquietud se pregunta en un intento de recomenzar: ¿De dónde vengo yo? ¿A dónde voy? Largas noches de pesadilla, luengas horas de meditación, vaivén de reflexiones, flujo y reflujo de ideas ya sensatas, ya bizarras, intentando rehacer la vida y cimentarla en algo consistente, durable, valedero. Tan angustiosa fué la ruptura, tan angustiosos fueron los primeros pasos..., que hasta tuvo la idea de arrojarse a un pozo..., de quebrar definitivamente la salud de su cuerpo..., de recluirse en una cartuja... De repente se encontró inquieto, y la inquietud aguijoneó su alma... Enfermo de una enfermedad misteriosa..., se puso a reconstruir otra vida, porque la anterior había muerto para siempre.

Otro carácter de esta experiencia es el expresado comúnmente con la palabra inglesa «outsider»: el *fuera-de-sitio*, el que se encuentra fuera de su sitio natural, separado de todo lo anterior, arrojado de su ambiente consuetudinario. No conformista radical, se ha marchado dando un fuerte portazo, porque «aquello» de repente le ha desagradado y no lo puede aguantar. Huye..., desguaza su vida...

Hay en este fenómeno una paradoja: el «hombre de fuera», el desplazado, en realidad «está dentro» y reflexiona dentro de sí mismo; el hombre que ha salido del mundo, de la realidad, de lo «prefabricado»..., está ahora más dentro de sí que nunca, más consciente; ve con mayor percepción lo que está dentro de su espíritu, en su mente, en su reacción... Es un extraño para los demás, pero está en el epicentro de sí mismo. El que «no comprende», el que rehusa comprender a los demás y lo demás, es él, precisamente él, el que está

en el centro de gravedad, en el foco del sistema... No siempre el que está fuera de los demás, está fuera de su sitio, ni es un desplazado; antes bien, puede ser él el único que esté centrado, como nuestro hombre que al ver con claridad se ha retirado de la escena falsa y ridícula.

Hemos conocido personas que se hallaron en los campos de concentración y hemos leído muchas relaciones de deportados, desterrados, condenados, encarcelados; sin patria, sin familia, sin porvenir; el «hombre de la barraca», el nómada y trotamundos, despojado de todo, hasta de sí mismo, mira la realidad humana con ojos llenos de luz, tan lúcidos y clarividentes que para los demás, que creen tener razón en su propio vivir huero y bufonesco, es casi un demente, un loco. Así fué estimado Pablo de Tarso cuando el procurador romano Faustus, en pleno Pretorio, delante del rey Agripa y de la reina Berenice, le moteja de locura. A lo cual responde con serenidad: «Yo quisiera que tú también estuvieses loco como yo.» Pero Faustus es demasiado prudente y mundano para ver las grandes verdades que ha visto quien un día, arrojado de su caballo y cegado con una luz irresistible, contempló una verdad totalmente distinta de la que hasta ahora había defendido, y que en adelante predicará por todo el Imperio romano, «oportuna e inoportunamente». En la primera *Carta a los Corintios* escribió después: «Dios escogió lo necio del mundo para enfrentarse con los sabios.»

Este desplazado nos descubre una realidad nueva, una verdad nueva. Pero ¿ese despojo humano será más realidad que nosotros? ¿Será Pablo más cuerdo que los artesanos de Jerusalén y de Roma? ¿La verdad que predica será más verdad que la de todo el mundo romano?

Ignacio de Loyola, sin dejar de ser él mismo, ha cambiado de decoración. En el mundo es un desplazado; desprecia al mundo, odia al mundo. Vestido de andrajosos mendigo, vive en los caminos, duerme en las cuevas, ayuna, se deja crecer la barba y las uñas...; le apedrean los chicos en las calles, se le encierra...; es un «peregrino» sobre la tierra en busca de una solución fuera de la tierra. Ve mejor...; mas dondequiera que esté está desplazado.

El desplazado no es un amnésico que retorna, ni un neurótico, ni sufre desdoblamiento de la personalidad. Porque no ha olvidado su antigua vida, la detesta; no tiene enfermos los nervios, pues acaba de sanar; ni tiene una personalidad fluctuante, ya que jamás claudicará en su nuevo propósito.

Examinemos otros aspectos de esta experiencia. Su *irreversibilidad*. Quien ha recibido el impacto brusco y hondo no podrá por sus propias fuerzas encontrar la paz en el mundo que desprecia, porque el paso que dió es definitivo; es un camino sin retorno.

Los males y los duelos pueden aliviarse y aun desaparecer con el tiempo. «El tiempo, como la corriente que fluye, siempre se lleva consigo sus sonas.» El mal de la clarividencia no hiere a sus víctimas al nivel del corazón, sino de la inteligencia. Es una tragedia de la inteligencia; tomar conciencia de la contingencia, del desorden aparente del Universo, es infringir al espíritu una herida incurable; el espíritu exige donde quiera el orden, la racionalidad, y su ausencia le da náuseas.

Ignacio de Loyola busca con frío discurso y severa lógica el «principio y fundamento» de todas las cosas desde sus cimientos... «para vencer a sí mismo

y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea»... De ese principio y fundamento deduce las consecuencias legítimas. Toda su obra ulterior estará deducida de esta base férreamente, silogísticamente, categóricamente.

Los románticos tenían el recurso de evadirse a las regiones de los sueños; los músicos se instalan en un mundo construido por su fantasía; el investigador o el arqueólogo o el maestro echaron las bases de un «modus vivendi» modificable a discreción. El clarividente, por definición, no puede acomodarse a nada. Ha quemado las naves..., y se obliga a marchar siempre adelante, como quiera que sea.

Está inquieto. «Inquieto está mi corazón, Dios mío, hasta que descanse en Ti», exclamaba Agustín de Hipona. Está clavado a su visión, cogido en las redes de su propia inteligencia, de la que no puede desasirse y de la que vivirá siempre prisionero...

Es imposible luchar contra esta nueva orientación. En realidad, este hombre carece de fuerzas para luchar. Tampoco le interesa salir de esa inquietud ni se le ocurre luchar contra ella, porque tiene por definitiva su visión del mundo. Esa es la verdad. Y quien ha intuido la verdad no puede rasparla de su conciencia.

El cuarto carácter de esta experiencia es la necesidad que siente el clarividente de *exponer e imponer* su visión del mundo, su verdad. Esta verdad no puede servirle a él sólo; se siente mesías de ella, por eso debe exponerla, predicarla, imponerla. Hay que ventear sobre la rosa de los vientos que el mundo es irracional, desordenado, «mundus totus in malitia positus est», así, con trazos radicales, existencialistas. Todas las cosas de antaño son falsas, condenables, y deben ser llevadas hasta sus últimas consecuencias... El mundo le da miedo, le provoca náuseas... Por filantropía, por proselitismo, por humanidad debe predicar su experiencia.

Para el burgués, el mundo es esencialmente un lugar ordenado, con un elemento perturbador, que ignora o quiere ignorar. Para el desplazado, el mundo no es ni racional ni ordenado. Cuando afirma su sentido anárquico frente a la complaciente aceptación burguesa, no sólo lo hace por dar en la cabeza a esa respetabilidad que le estomaga; hay en él un sentido irrefrenable de que la verdad ha de ser dicha a toda costa, porque de otro modo no hay esperanza de una última restauración del orden. Aun cuando no haya lugar para la esperanza, la verdad ha de declararse. El desplazado es un hombre que se ha despertado al caos. Puede no tener razón para creer que el caos sea positivo, germen de la vida; a pesar de esto, la verdad ha de ser dicha, y hay que enfrentarse al caos.

El desplazado declara palmariamente que es un hombre capaz de ver, y que de hecho ve bien. Si alguien le objeta que es un enfermo y un neurótico, replica: «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey.» En realidad, su caso es el de un hombre que sabe ser un enfermo en una civilización que ignora estar enferma. Algunos de estos clarividentes van todavía más allá, y declaran que la naturaleza humana está enferma, y el desplazado es el hombre que se enfrenta con este hecho desagradable. Toma una postura negativa que declara ser la esencia del mundo tal como él lo ve. ¿Qué es verdad? El predica

«su verdad». Y la verdad merece el respeto de todos y tiene el privilegio de la publicidad.

Consecuencias inmediatas.—La clarividencia es, como vamos viendo, una tortura para la inteligencia. Esta desdicha engendra un sentimiento de indignación, de disgusto, de cólera, de rebelión. Siempre es una reacción de odio. La inteligencia clarividente desprecia, insulta, se mofa de cuanto ella ya no puede aceptar, lo que ahora le parece ininteligible. De esta manera, la lucidez engendra el odio.

Odio a sí mismo, en primer lugar. ¿Cómo soportarse a sí mismo viéndose como se es? San Ignacio sufrió terriblemente, y basta leer sus meditaciones en el libro de los *Ejercicios Espirituales*, para convencerse de ello. En el segundo ejercicio de los pecados dice textualmente: «3.º punto. Mirar quién soy yo disminuyéndome por ejemplos: 1.º Qué tanto soy yo en comparación de todos los hombres. 2.º Qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso. 3.º Mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios; pues yo solo, ¿qué puedo ser? 4.º Mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea. 5.º Mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima.

4.º punto. El cuarto: considerar quién es Dios, contra quien he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí: su sapiencia a mi ignorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad a mi malicia.

5.º punto. El quinto: exclamación admirativa con crecido afecto, discutiendo por todas las criaturas, como me han dexado en vida y conservado en ella; los ángeles, como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí, y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infernos para siempre penar en ellos.»

¡Tremenda visión ignaciana, llena de realismo, dureza y un cierto salvajismo!

Verse tal cual se es y despreciarse es propio de las almas nobles. Todo espíritu selecto alimenta dentro de sí un odio secreto a sí mismo, odio que está en lo más hondo de la vida, en lo subconsciente más desvaído. Sólo que en unos es principio de regeneración y de superación y en otros de cobardía, miedo y despecho. Este odio a sí mismo se extiende a toda la condición humana. La visión certera comprueba la mentirosa realidad y se enfrenta contra todo compromiso y debilidad ante ella. La lucidez lo ha barrido todo como un ciclón, y después del ciclón todo queda destruído, arrasado...

Este odio lo encontramos en los santos y en los místicos para su bien y perfeccionamiento. Lo encontramos en la juventud hodierna, en poetas y artistas; su cólera está a la medida de su decepción. Esperaron mucho de sus progenitores, de sus educadores y conductores; se fiaron de las promesas de la vida y confiaron en ella casi a ojos cegarritas, no recibiendo en trueque de su bobalicona fe más que desilusiones, heridas, desprecios y abandono. Enferma el alma, los fracasados atacan sin piedad todas las taras humanas, toda miseria,

concesión, equivocación o impotencia. Odian, porque carecen de energías para mofarse, chancearse; porque presienten en su juvenil inexperiencia sobreexcitada que la farsa no tiene ninguna gracia. En muchos casos el iluso desfoga su indignación, indignación absoluta que llega al nihilismo, a la desesperación donde reina el vicio, la orgía, el ansia de evasión temporal en la droga o definitiva en el suicidio.

Odio a sí mismo, odio a los demás, odio al mundo exterior, a las circunstancias. En los dos primeros casos hay casi siempre esperanza de progreso o de reforma moral. Mas frente al mundo, ¿qué mejora se puede esperar si está lejos de nosotros, encima de nosotros, como tirano con látigo implacable? La visión nueva del mundo lo presenta como salvaje, despreciador del hombre, como dijo Leopardi: «No sé si reiré o lloraré; no tiene la Naturaleza más piedad del hombre que de la hormiga.» ¿Se ha parado alguna vez el mundo para no atropellar a una hormiga? ¿Se ha detenido alguna vez una sola ley física para salvar a un hombre de ser destripado por una tonelada de piedra? ¿No pudo la Naturaleza esquivar el nacimiento del canceroso, o el contagio del parálítico, o la caída del rayo destructor de una familia, o la ruptura de la presa que arroja sobre los dormidos habitantes miles de metros cúbicos de agua? Añadase a ello el silencio horrible de los espacios infinitos, la soledad del hombre como la de la piedra, el reptil, la carroña o el virus. La realidad, dice el desesperado, no está hecha para el hombre; la realidad es absurda, carece de sentido, es una tiranía cruel... Contra todo lo que existe, la inteligencia clarividente tiene razón, pero este descubrimiento la condena a morir de desesperación. Leamos este testimonio de un hombre de ciencia pesimista: «Poco a poco la pequeña estrella que nos sirve de sol abandonará su fuerza de luz y de calor... Entonces nada quedará de toda esta civilización humana (descubrimientos, filosofías, religiones, ideales). En este minúsculo rincón del Universo será anulada para siempre la aventura locada del protoplasma, aventura que tal vez ha acabado y en otros planetas, siempre sostenida por las mismas ilusiones, creadoras de las mismas torturas, siempre absurda, tan vana, tan necesariamente prometida desde el principio hasta el fracaso final y la tiniebla infinita.» Otro, no menos pesimista, ha dicho: «Toda la vida está en su fin; la especie humana es la que se acaba.» «Las estrellas en sus órbitas se han vuelto contra ella, y ha de dejar el sitio a otra especie de animal mejor dispuesto para enfrentarse con el hado que se cierne sobre la Humanidad.» Para uno, «el hombre es una pasión inútil»; para otro, no hay salida en este balance humano: «el hombre sólo puede ser inútil y saberlo, o ser útil y no saberlo»; para otro, en fin, las cosas mismas no sólo desprecian al hombre, sino que le niegan.

Ya sabemos todos que si ahondamos en la soledad y abandono del hombre y su pequeñez microscópica frente a la mole inmensa, poderosa y fatal del Universo y del tiempo, pronto la angustia amargará nuestra existencia. San Ignacio vió a este hombre que vegeta en medio del Universo como «llaga», «postema», «ponzoña turpísimas»; en el cuerpo, «corrupción y fealdad corpórea» y «el ánima encarcelada en este cuerpo corruptible» y «todo el compósito en este valle, como el desterrado entre brutos animales»... La ascética cristiana ha pintado con tremebundos rasgos al hombre inmerso en la materia, acondiciona-

do a ella, cautivo de ella... Pero debe haber una diferencia en la manera de reaccionar de los hombres fracasados, desplazados, condenados a sufrir y a morir..., porque unos triunfaron saltando desde este trampolín a las alturas y otros cayeron por una vertiente aterradora hasta la infelicidad eterna.

Enfermedad o tensión del «ver claro».—En todo caso, la experiencia de la lucidez trae consigo necesariamente una profunda inquietud y un disgusto íntimo de la vida y del mundo. Retira al hombre de la comunidad, le constriñe a variar la ruta, y en determinadas situaciones amarga para siempre el alma, trayendo con el deseo de la muerte y del suicidio, la sensación de ser un sempiterno desterrado, de un desplazado, de un nómada saltacharquillos, de un «accidente puesto en el mundo para arrastrar una existencia que acaba en la huesa». Los casos más trágicos los encontramos en los neuróticos, en los asociales, en los enfermos del espíritu, en los descreídos, en los desesperanzados..., aunque también hemos citado hombres que trabajaron noblemente en el servicio de los demás en cuyos corazones ardió la llama del amor, sanos de cuerpo y de alma, optimistas en la andadura difícil. Hemos, pues, de distinguir entre inquietud e inquietud, entre enfermedad canija y tensión vibrante.

De todos modos, «ver claro» es una hipertrofia de la conciencia (si vale la expresión), que exige determinaciones drásticas, sin concesiones. Es una actitud vital que no encontramos en el hombre satisfecho con la vida ordinaria carente de problemas y dificultades; está lo suficientemente despierto para orientarse en la vida y organizarla según cánones establecidos por la masa. Huye de la arduidad, le desagrada cualquier compromiso, busca la mediocridad y la penumbra del intelecto, la ambigüedad de la acción, en dulce vaguear. ¿Para qué complicarse la vida con discusiones y con problemas metafísicos? ¿De qué sirve «ver claro», con profundos claro-oscuros, con arrepentimientos y amargura, con miedos y sustos y náuseas? La existencia vulgar es «estarse en la vida» con el árbol, la sabandija o el guijarro.

En puridad de verdad, es propio del hombre una tensión anímica, una conciencia despierta. La inteligencia está hecha para «ver claro», y ello condiciona nuestra existencia: superficiales o profundos en la medida en que nuestra conciencia se pierde fuera o reflexione sobre sí misma. Aun a riesgo de perder la salud y la alegría estamos obligados a «ver claro», a conocer la realidad objetiva y profunda de la existencia, el principio y fundamento de la creación, a saborear el ajeno de la condición humana, la desilusión permanente del exilado, la tristeza del condenado a morir, la angustia de una próxima residencia divina. Y viniendo más cerca, debemos «ver claro» la miseria humana, la desesperación del deportado, del desamparado, del sin vivienda, del enfermo, del encarcelado; la vaciedad de la vida, la fragilidad del cuerpo, la inestabilidad de la salud, la enfermedad, el dolor, la pequeñez del hombre y su insignificancia en el cosmos, que le desconoce, le maltrata; después de haberle aguantado en la plataforma de la tierra convierte sus restos en abono de otras existencias.

Cuando Ignacio de Loyola llama al hombre «llaga» y «postema», cuando siente asco y náusea de sí mismo y de su corrupción moral y física, cuando tiene miedo de sí mismo, cuando se retira del mundo no es ni un enfermo, ni un

loco, ni un equivocado, sino un hombre que «ve claro», que ve profundamente, que ve la realidad... Y esa mirada trágica le horroriza.

¡Paradoja! La felicidad y el acierto de un hombre le trae forzosamente la desdicha. No cabe dudar de que la conciencia despierta emponzoña la vida, y sin ella, sin ese luminoso foco de realidades, la vida pierde toda su nobleza. La lucidez nos da la conciencia y la sensación del caos; ello nos causa miedo, el miedo excita los nervios y nubla la serenidad; cuando debemos echar mano de una solución, la verdadera solución..., unos sienten el vacío debajo de los pies y se derrumban, otros saben agarrarse a un cable de salvación. Para unos, la tempestad fué siniestra, para otros fué un acercarlos a las playas de la verdad y de la paz.

No condenemos, pues, la inteligencia, como lo han hecho muchos. La conciencia no es un error, ni una catástrofe, ni una enfermedad de la vida... La inteligencia dejada a sus fuerzas nos inquieta sin darnos soluciones a los verdaderos problemas; pero la inteligencia, con la gracia de Dios, es semáforo seguro. En la miopía del ateísmo se podrá afirmar que la inteligencia nos hace locos; el pecado original consistió en apropiarse de los frutos de un árbol que se llamaba «árbol del conocimiento»; desde entonces comprobamos que cuanto más ha profundizado el conocimiento, tanto más, si la gracia no presta su concurso, se aleja de nosotros la inocencia.

En definitiva, «ver claro» no es una enfermedad, sino una tensión; no es una condena, sino la salvación, siempre que en su esencia vibre la divinidad, a cuya imagen y semejanza fuimos creados.

Una nueva aurora.—Insistimos en que la lucidez ha engendrado la inquietud. Esta inquietud no es la misma para todos. A unos trae una nueva aurora, a otros los abismos de una noche oscura. Para todos debería ser luz beneficiosa y no cegadora.

El primer efecto de la lucidez es *separarnos* del mundo, alejarnos de un mundo falso e irreal en el que vivimos accidentalmente, de pasada y que nos asquea. Pero si nos retiramos del mundo, ¿a qué otra realidad nos acercamos? Los místicos comenzaron muy pronto a poner en práctica este apartamiento una vez que tomaron conciencia clara y evidente de la inautenticidad de esta vida que llamamos real; «los cristianos hacen profesión de no pertenecer a este mundo, no tienen aquí vivienda permanente, sino que están de paso hacia la patria eterna». Actitud lógica: si nuestra alma debe un día emprender el gran viaje, que acabará en el hontanar de toda vida, es muy sensato tomar a tiempo las medidas conducentes con respecto al mundo que será abandonado en fecha incierta, aunque próxima. La ininteligibilidad de la vida actual ofrece a toda conciencia iluminada la oportunidad de dirigir la mirada a otra parte, le invita a escudriñar en otras latitudes: en un ansia irresistible de salvación llegan a la fuente de todo conocimiento, de toda realidad, de toda verdad, de la verdad.

El clarividente sin perspectivas lejanas y eternas para el que el mundo ha perdido toda significación, en vez de ampliar horizontes, fija su mirada en los primeros planos, impidiéndole ver el bosque umbroso, el árbol que tiene delante de sus ojos. ¡Teniendo al alcance de la mano la solución, marcha obcecadamente

a su desgracia! Esta es mayor desesperación: ver claro que «esto» está podrido y no ver más que la podre y la corrupción... ¿Para qué el foco luminoso si su luz impide ver la realidad-realidad, la verdadera realidad? ¿No sería mejor ver como todos, o no ver nada?

Hay en ello una especie de narcisismo culpable.

El apartarse de todo puede suponer una *esperanza*. Ya que quien se aleja de un punto puede acercarse a otro libremente. Todo es cuestión de orientarse y buscar y encontrar la puerta de la esperanza... Muchos clarividentes (sobre todo los incrédulos) se paran—por un temor legítimo al vacío—en las esperanzas falaces que proponen el porvenir, el progreso, el arte, la filantropía, la metafísica, el romanticismo..., con lo que quieren olvidar un pasado lleno de fracasos, evadirse de lo que estiman baladí y mentiroso y acogerse a algo que les sirve de sostén. Muchos se abrazan a un ídolo. En todo caso es un refugio temporal, su subterfugio..., porque el problema permanece y la angustia sigue rascando la conciencia. Los más consecuentes consigo mismos no pueden pararse aquí e intentan atravesar ese vacío, con la seguridad de hallar otras costas. Como Colón, navegan a través del «mare ignotum» a unas costas desconocidas, colocadas en alguna parte del planeta.

El clarividente incrédulo no halla salida a sus desesperaciones. El creyente tiene una respuesta salvadora a su angustia: la fe. Es verdad que hay mucha diferencia entre lucidez y fe, pero la fe aguarda a quien la busca con sencillez. La fe es una tabla de salvación para el desesperado, para el lúcido..., con tal de que sea humilde. ¡Cuán tercamente se aferra a su negatividad cuando desesperadamente se echa tierra a los ojos y pierde toda ulterior solución a un problema en camino de solución! ¡Tenemos de ello muchas pruebas!

El caso del desplazado orgulloso y cínico que se enfrenta a la sociedad es clarísimo. Según él, todos los hombres y todas las mujeres tienen estos impulsos peligrosos innombrables, pero mantienen una pretensión con respecto a sí mismos y a los demás; su respetabilidad, su filosofía, su religión, todas ellas son intentos de paliar, de hacer que parezca civilizado y racional algo que es salvaje, desorganizado, irracional. El es un «desplazado», un clarividente, una excepción..., porque defiende la verdad...

Muchas veces este privilegio inicial de «ver claro» se malogra, queda disminuído por la anormalidad flagrante, por la introversión del clarividente desplazado. En realidad, sus soflamas parecen un intento de autojustificación realizado por un hombre que se sabe a sí mismo degenerado, enfermo, autodivido. Hay, ciertamente, autodivisión. El animal y el hombre existen en un solo cuerpo, y cuando los deseos del animal buscan la satisfacción y reemplazan al hombre, el asco que se siente será más por la propia maldad que por la carroña ajena. Pero el orgullo se lo impide ver...

Para nada le sirve al clarividente hacer su autocrítica si no sabe doblegar su orgullo. En su altanería no puede confesarse impotente para solucionar el problema que ciertamente ve, ni para alcanzar la verdad que desconoce, ni quiere mendigar ayuda a nadie que pueda parecerle superior. Separado de todo, no está suficientemente separado de sí mismo hasta confesar con sencillez su propia insuficiencia.

No habla Dios al orgulloso como habla a las conciencias inocentes, sencillas,

humildes. Ni acude en ayuda del que conscientemente la rehusa. Se dice que el pecado de los ángeles fué el orgullo; el demonio (ángel caído) es el espíritu del mal. Más aún, el orgulloso tendrá por «hombre de mala fe» a quien acepte un criterio superior al suyo. Y si por azar topa con Dios, no lo reconocerá abiertamente; inventará otro dios, muñeco de trapo de quien disponer a su arbitrio, especie de diosa Razón, impúdica y fanfarrona. O se deificará. Dice la autora de *Les memoires d'une jeune fille rangée*: «Yo me soñaba a mí misma como el absoluto fundamento de mí misma y mi propia apoteosis. Yo no me sostenía en nadie. Yo era y permaneceré siempre mi propio amo.» Esto es orgullo e incredulidad y... cerrarse la puerta a la noble tarea de reconocerse ampliamente con realidad y verdad. Pero ¿para qué quieren la verdad estas gentes? Bástales con ser desplazados..., saber que lo son... y lamentarse de ello...

Si la lucidez y la clarividencia es destructora, es porque el orgullo la pudre. No consentimos ser de la condición que somos, pero queremos continuar siendo lo poco y ridículo que somos.

Otra clarividencia vemos en los místicos y en los hombres sanos. Es una lucidez que después de haber abandonado el mundo de las apariencias, franquea, gracias al sentimiento que le anima, el obstáculo que le separa de Dios. La inteligencia que moviliza el odio nos conduce al atolladero, a un callejón sin salida; mas la que mira divinamente y amorosamente aun la más horrenda situación (pensemos en el infierno), está iluminada por la luz eterna.

Ver claro, retirarse de la maldad, condenarla... Y, siguiendo lógicamente, mirar a Dios, contemplar la Verdad, amar al Amor.

Dr. A. GARMENDÍA DE OTAOLA, S. J.

Director del Instituto de Selección Escolar de Vizcaya.